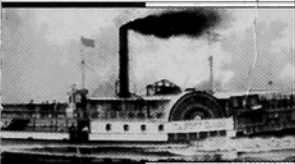




# Carmen Vázquez-Vigo

## El muñeco de don Bepo

Ilustraciones de Arcadio Lobato



8 

Carmen Vázquez-Vigo  
EL MUÑECO  
DE DON BEPO

EL BUENO DE DON BEPO, VENTRÍLOCUO, SE SIENTE VIEJO Y CANSADO. COGE A RUPERTO, SU MUÑECO, Y SE RETIRA A SU PUEBLO. UNA VEZ ALLÍ... ¿PARA QUÉ LE VALE YA RUPERTO? Y VA Y LO PLANTA EN MITAD DE LA HUERTA, COMO ESPANTAPÁJAROS. AL MENOS, QUE ALEJE A ESOS CONDENADOS GORRIONES QUE SE ESTÁN COMIENDO LA COSECHA.

PERO... YA, YA... ¡BUENO ES RUPERTO PARA ESTARSE QUIETO! Y SE LANZA A CORRER MUNDO, A BUSCAR AVENTURAS...

CARMEN VÁZQUEZ-VIGO ES UNA AUTORA DE GRAN PRESTIGIO EN EL MUNDO DE LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL. EN 1973 OBTUVO EL PREMIO LAZARILLO. DE ESTA AUTORA, EDICIONES SM HA PUBLICADO LA FUERZA DE LA GACELA, CARAMELOS DE MENTA, GAFITAS, MÍSTER PUM Y UN MONSTRUO EN EL ARMARIO.

PRIMEROS LECTORES

MINEDUC



674071204

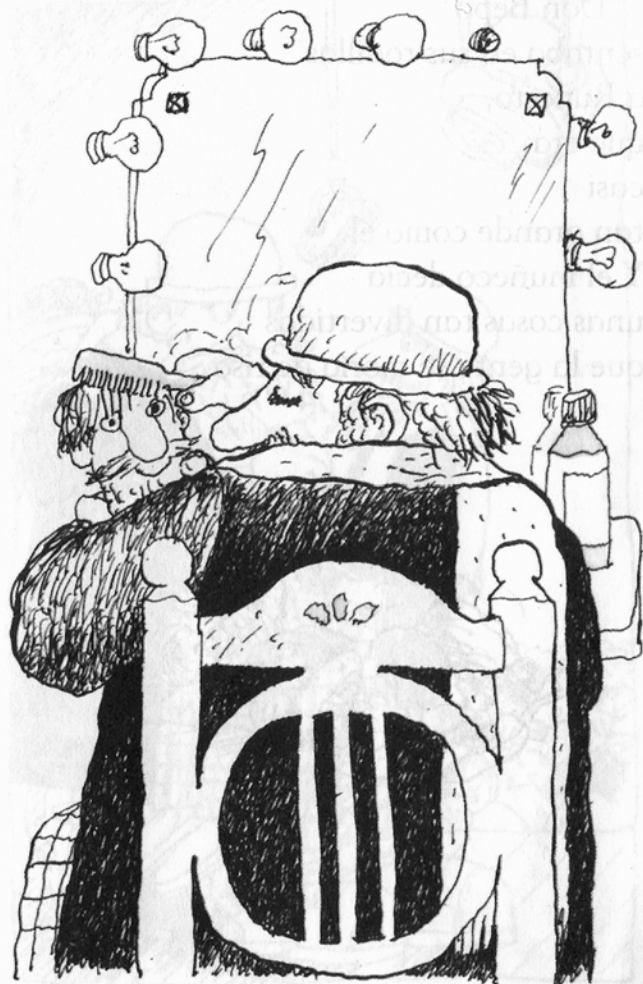
EL MUÑECO DE DON BEPO

## El muñeco

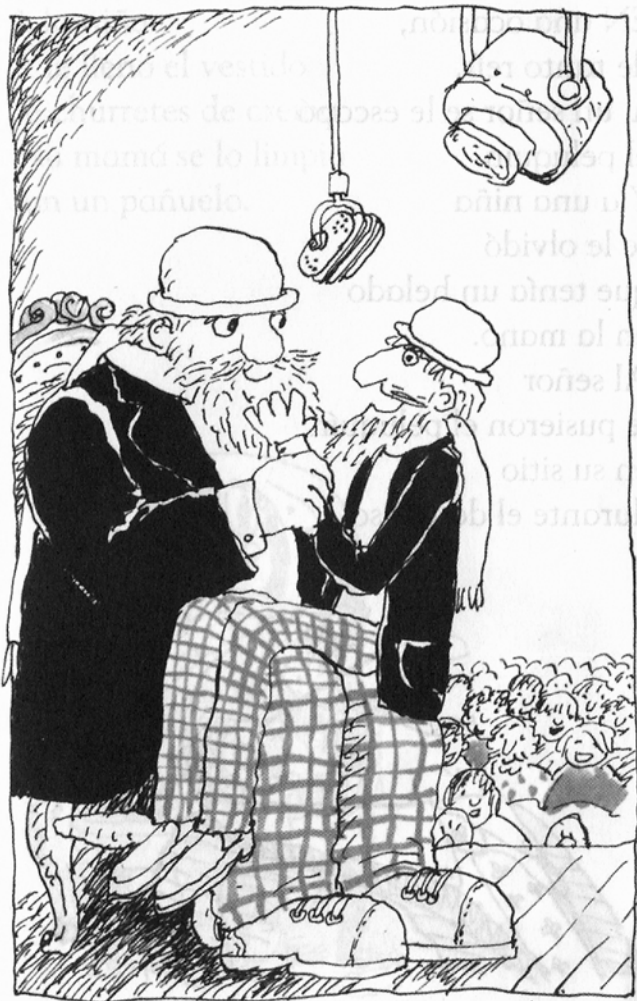
de don Beppo

**D**ON BEPO  
era ventrílocuo.  
Esto quiere decir  
que sabía hablar  
como si su voz saliera  
de la boca  
de su muñeco Ruperto.

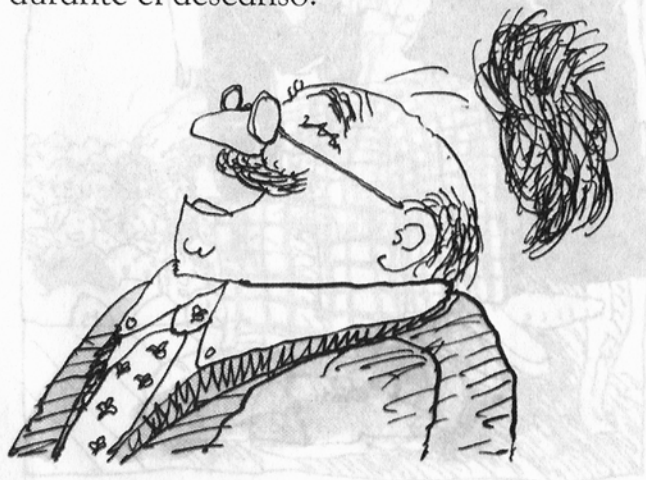
Juntos habían recorrido  
los escenarios  
de todo el mundo.  
Trabajaban  
vestidos exactamente igual:  
chaqueta negra,  
pantalones a cuadros,  
bufanda blanca y,  
en la cabeza,  
un bombín.



Don Bepo  
sentaba en sus rodillas  
a Ruperto,  
que era  
casi  
tan grande como él.  
Y el muñeco decía  
unas cosas tan divertidas  
que la gente se moría de risa.



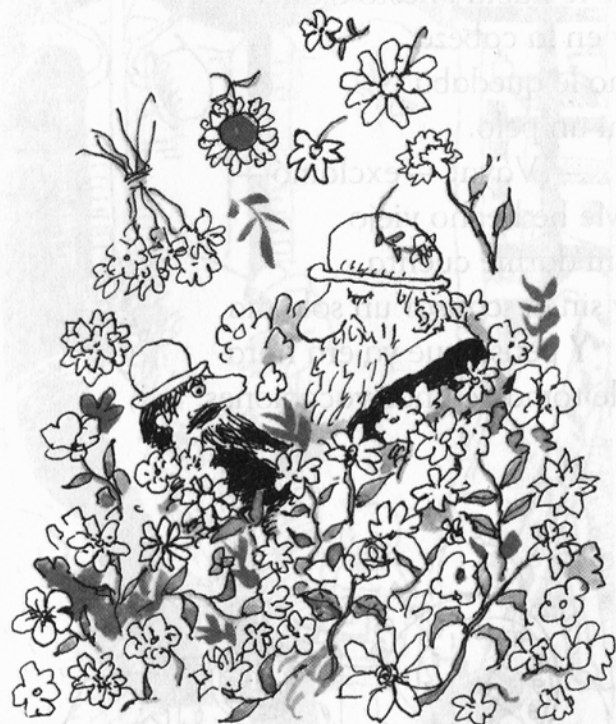
EN una ocasión,  
de tanto reír,  
a, un señor se le escapó  
el peluquín.  
Y a una niña  
se le olvidó  
que tenía un helado  
en la mano.  
Al señor  
le pusieron el peluquín  
en su sitio  
durante el descanso.



A la niña  
se le llenó el vestido  
de churres de crema  
y su mamá se lo limpió  
con un pañuelo.



Siempre,  
al final del espectáculo,  
sonaban grandes aplausos.  
Don Bepo y Ruperto  
saludaban muy finos.  
A veces,  
hasta les tiraban flores.



UN DÍA

don Bepo se miró al espejo.

La barba

se le había puesto blanca

y en la cabeza

no le quedaba

ni un pelo.

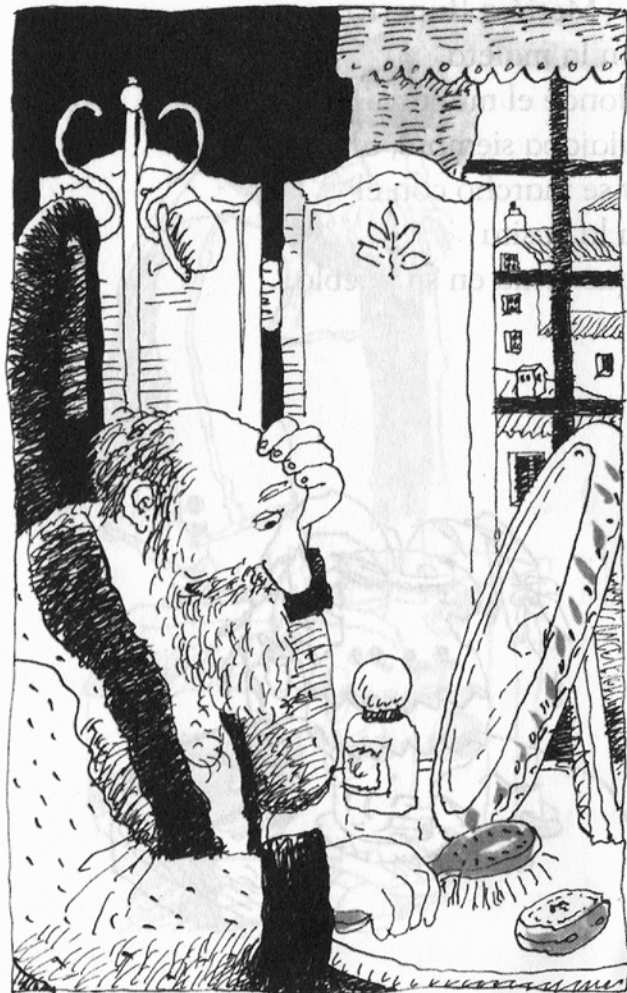
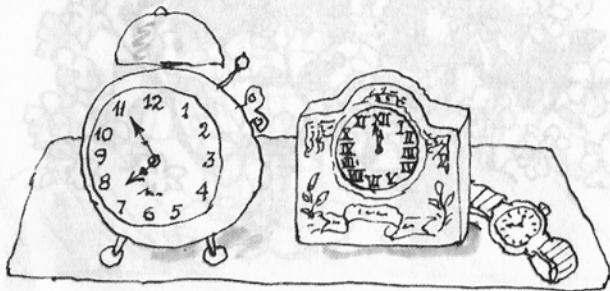
—¡Vaya! —exclamó—.

Me he hecho viejo

sin darme cuenta

y sin descansar un solo día.

Y pensó que ya era hora  
de tomarse unas vacaciones.



Metió a Ruperto  
en la maleta,  
donde el muñeco  
viajaba siempre,  
y se marchó con él  
a la casita  
que tenía en su pueblo.



LLEGARON al atardecer.  
Don Bepo  
guardó su traje de trabajo  
en un baúl,  
suspirando  
con un poquito de pena.

LUEGO,  
se puso  
unos pantalones anchos,  
una camisa  
a rayas amarillas y azules  
y un gran sombrero de paja.  
Y salió a dar una vuelta  
por la huerta  
que rodeaba la casa.

Allí  
le esperaba  
una desagradable sorpresa.



Los gorriones  
habían picoteado  
los tomates y las sandías.  
Y se comerían también,  
si no hacía algo  
para impedirlo,  
las manzanas  
que ya empezaban  
a pintarse de rojo.  
Y los guisantes  
que ya abultaban  
dentro de sus vainas.



DON BEPO sacó al muñeco  
de la maleta  
y le dijo:

—Ruperto,  
desde ahora  
tendrás un nuevo empleo.  
Servirás de espantapájaros.

Y lo plantó  
en medio de la huerta  
antes de irse a dormir.



EL muñeco  
estaba furioso.

—¡Hacerme esto a mí!

—se lamentaba—.

¡A un artista famoso como yo!

«Chusco»,

el perro

de la casa de al lado,

se acercó a olisquearlo.

LADRÓ alegremente  
para demostrarle  
que quería ser su amigo.

—¡Fuera, chucho!

—gritó Ruperto  
de mal genio.



EN seguida se preguntó  
qué olor sería ése  
que llegaba a sus narices.  
Era la primera vez  
que iba al campo  
y no estaba enterado  
de lo que había allí.

Una voz amable dijo:

—Repollo.

—¿Qué?

—Digo que ese olor  
es de repollo.  
Hay muchos  
plantados en la huerta.



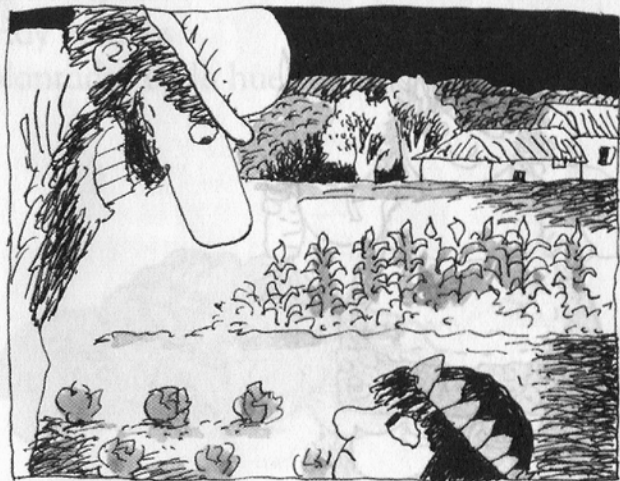
LA que hablaba  
era una mujer baja,  
gordita,  
con falda floreada,  
delantal, zuecos,  
y una corona  
de hojas de alcachofa  
sobre su pelo oscuro.  
En la mano  
llevaba  
una lustrosa zanahoria.



—¿Quién eres tú?  
—preguntó el muñeco.  
—El hada Verdurina.

Ruperto  
soltó una risa burlona.

—Yo creía  
que las hadas eran rubias  
y esbeltas  
y que llevaban vestidos  
de seda bordada.



—Ésas son  
las que viven en castillos  
y se tratan  
con reyes y princesas.  
Yo soy un hada campesina  
—contestó ella modestamente.

—¿Y dónde está  
tu varita mágica,  
si es que la tienes?

Verdurina  
enarboló la zanahoria.

—Aquí.

Ruperto,  
que esa noche estaba  
de lo más antipático,  
dijo:

—¡Las zanahorias  
sirven  
para hacer guisos,  
no encantamientos!



—Ésta sirve  
para muchas más cosas.

—¿De veras?

—preguntó el muñeco,  
desconfiado.

—Gracias a su mágico poder,  
las fresas  
se llenan de zumo,  
los árboles  
crecen hasta rozar las nubes,  
y las calabazas  
se hacen tan grandes  
que podrían  
llevar al palacio a Cenicienta  
con toda su familia.





UNA idea se encendió,  
como una bengala,  
en la cabeza de Ruperto.

—¿Y tiene, también, poder  
para que mis piernas  
se muevan?

Quiero marcharme.

Verdurina  
hizo un gesto de extrañeza.

—¿Por qué?

—No me gusta este lugar.

—Si miraras a tu alrededor...

—dijo el hada suavemente.





Ruperto  
se caló el sombrero  
hasta la nariz  
y replicó desdeñoso:  
—¡Para lo que hay que ver  
aquí,  
prefiero no ver nada!

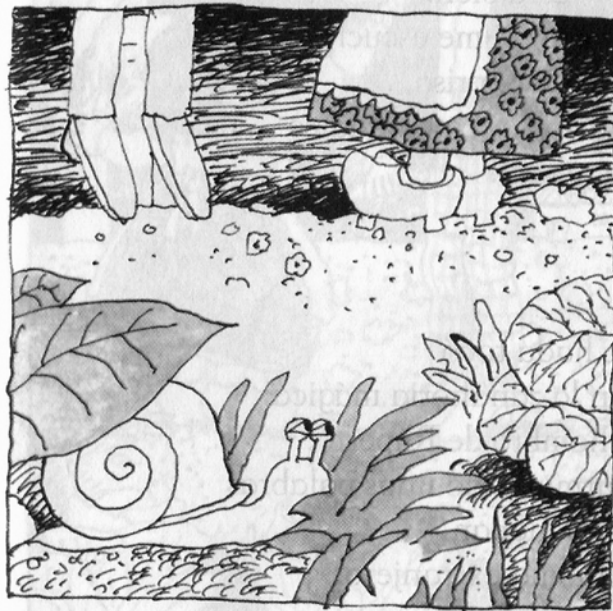
EN esto  
se oyó un chistido  
y una voz colérica:

—¡Eh! ¡Dejadme dormir!

El hada explicó, bajito:

—Es el caracol.

Lo hemos despertado  
con nuestra charla.



—Pues haz lo que te pido  
y no hablemos más.

Verdurina  
se echó atrás  
la corona  
de hojas de alcachofa  
y se alisó el flequillo.  
Pensaba.

—Está bien.

Aunque si me escucharas...

—Date prisa,  
que volverá a enfadarse  
el caracol.

EL hada tocó  
con la zanahoria mágica  
el hombro de Ruperto,  
murmurando unas palabras  
que sonaban  
a idioma extranjero.



EL muñeco  
dio un brinco  
para probar  
su nueva habilidad.  
Y, sin pararse  
siquiera  
a dar las gracias,  
se puso el sombrero  
en su sitio  
y se alejó,  
bailando de contento.



Tomó una carretera  
que se extendía  
ante él  
como una raya  
trazada con tiza blanca.

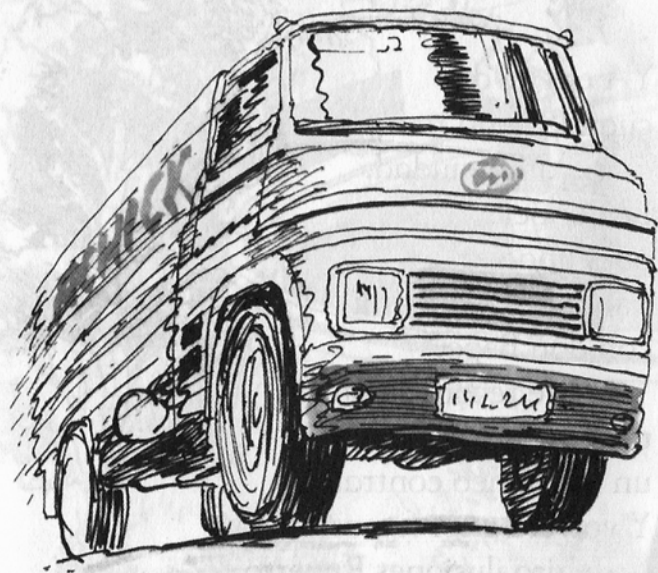


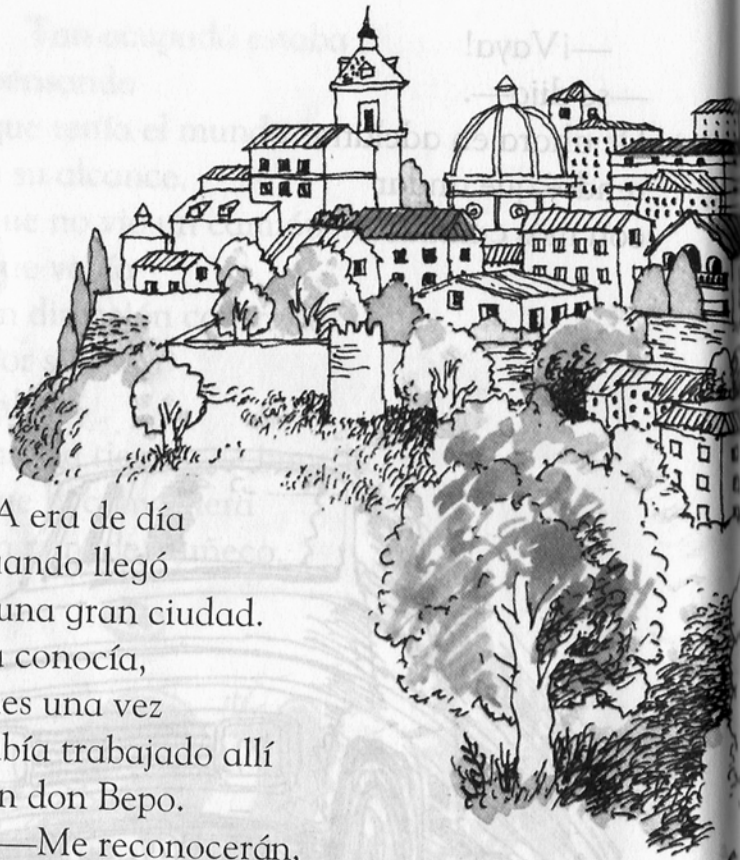
El Tan ocupado estaba  
pensando  
que tenía el mundo  
a su alcance,  
que no vio un camión  
que venía  
en dirección contraria.

Por suerte  
saltó  
justo a tiempo de impedir  
que lo convirtiera  
en puré de muñeco.



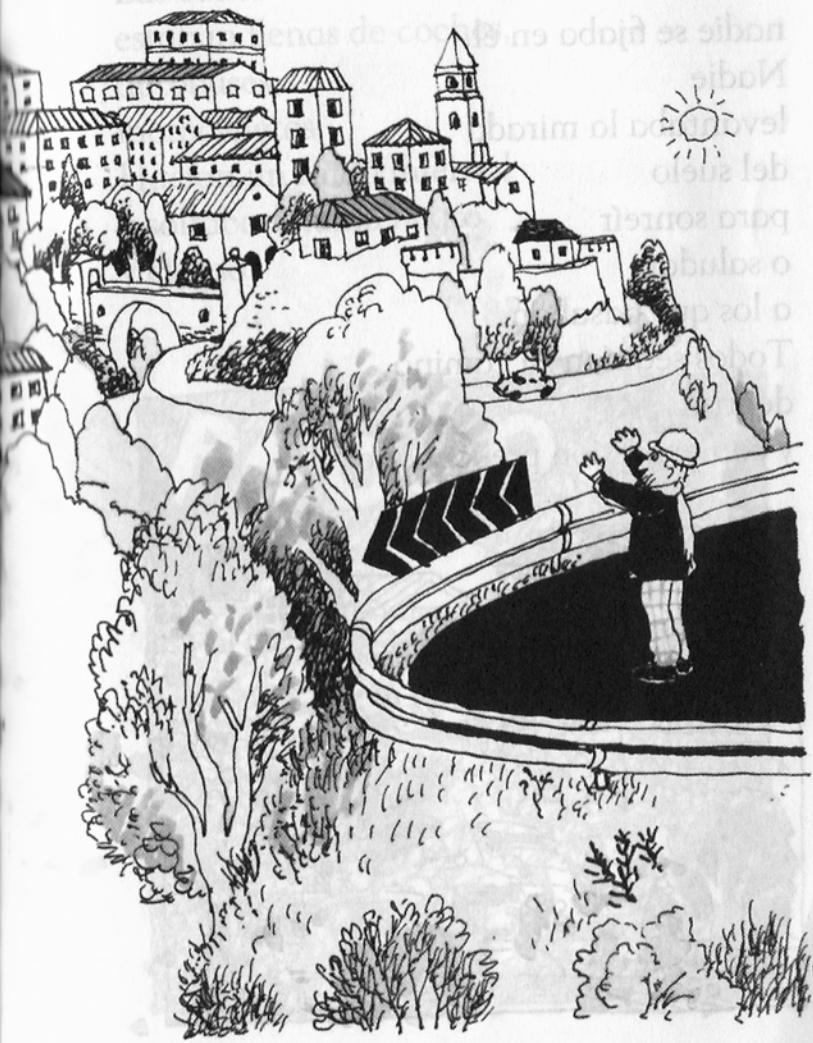
—¡Vaya!  
—se dijo—.  
De ahora en adelante  
tendré que andar  
con más cuidado.





YA era de día  
cuando llegó  
a una gran ciudad.  
La conocía,  
pues una vez  
había trabajado allí  
con don Bepo.

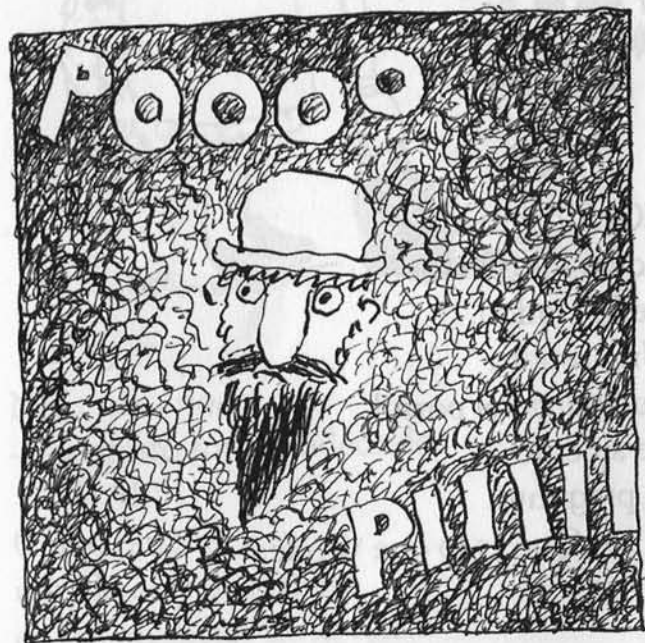
—Me reconocerán,  
me ofrecerán  
un magnífico contrato.  
Y volveré a ser famoso  
—se hizo ilusiones Ruperto.



Pero  
nadie se fijaba en él.  
Nadie  
levantaba la mirada  
del suelo  
para sonreír  
o saludar  
a los que pasaban.  
Todos seguían su camino  
deprisa  
y con expresión preocupada.



Las calles  
estaban llenas de coches,  
autobuses,  
motocicletas.  
Hacían un ruido infernal  
y soltaban humo negro  
y espeso.



Ruperto lagrimeaba,  
tosía.  
No,  
ese sitio  
tampoco le gustaba.

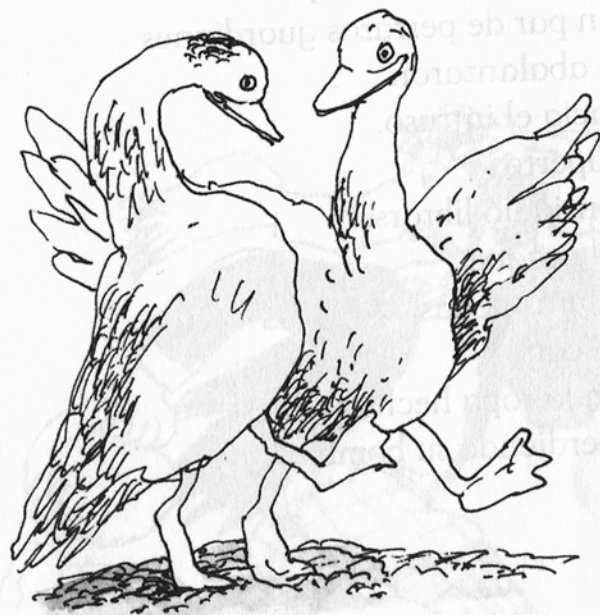
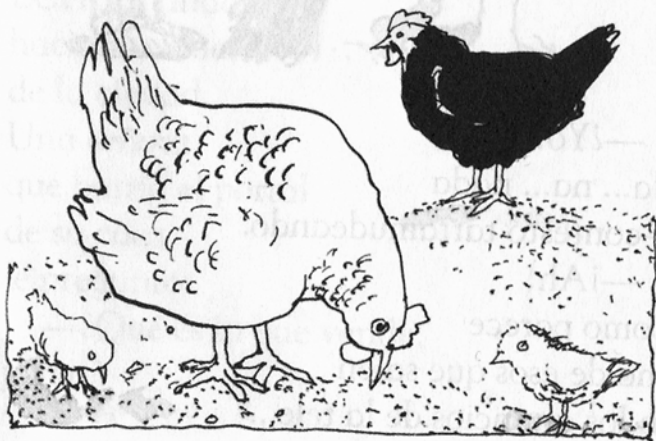
ECHÓ a andar  
hacia las afueras  
de la ciudad.  
Una señora  
que barría el portal  
de su casa  
le preguntó:  
—¿Qué es lo que vende,  
joven?



—¿Yo?  
Na... na... nada  
—contestó tartamudeando.  
—¡Ah!  
Como parece  
uno de esos que salen  
en los anuncios de la tele...

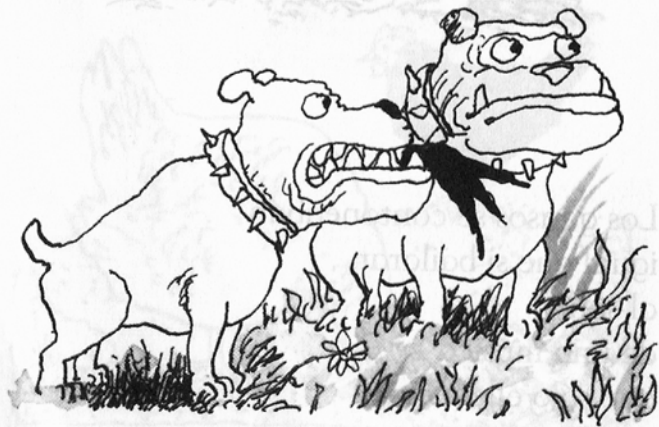
RUPERTO, azarado,  
apretó el paso  
hasta llegar a una granja  
que le pareció  
bastante pacífica.

Las gallinas escarbaban  
buscando  
algún bocado sabroso  
para sus pollitos.



Los gansos se contoneaban  
igual que si bailaran  
al son  
de una música  
que sólo ellos oían.

Pero la paz duró poco.  
Un par de perrazos guardianes  
se abalanzaron  
hacia el intruso.  
Ruperto  
consiguió librarse  
del ataque  
a duras penas,  
y escapó  
con la ropa hecha jirones  
y perdiendo su bombín.



CORRIÓ tanto  
que, al rato,  
tuvo que tumbarse  
para descansar.  
Cerró los ojos.  
Una siesta  
no le vendría nada mal.



POCO después  
sintió  
que unos deditos  
recorrían su cara,  
sus manos,  
sus pies.

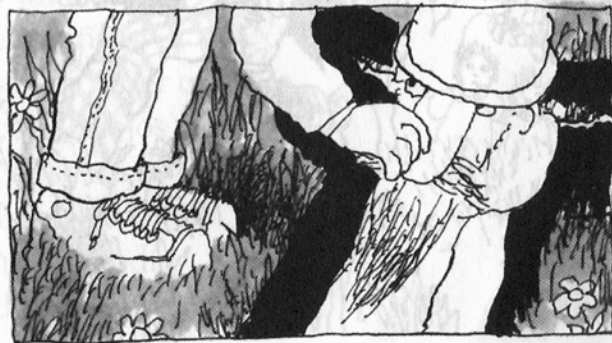
—¿Ves?

No es un hombre.

—No. Es un muñeco.

—Ya te lo había dicho.

—¡Podríamos hacer  
una hoguera estupenda  
con él!



Los dos niños  
que lo habían descubierto  
se fueron a buscar leña.  
Y se les pusieron  
los pelos de punta  
al ver  
que Ruperto se levantaba  
y salía disparado.

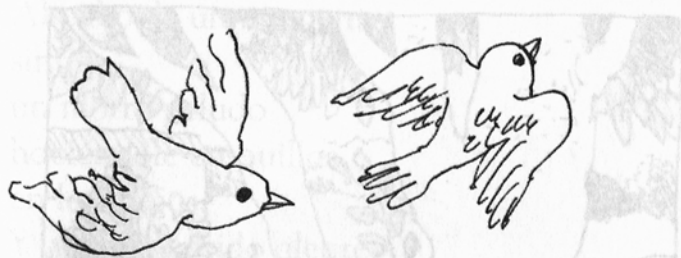


DESPUÉS  
de atravesar una pradera,  
un bosque  
y un arroyo,  
el muñeco  
se dejó caer al suelo,  
con los ojos cerrados.  
No sabía dónde estaba.  
Le daba igual.  
Ya no podía  
dar un paso más.

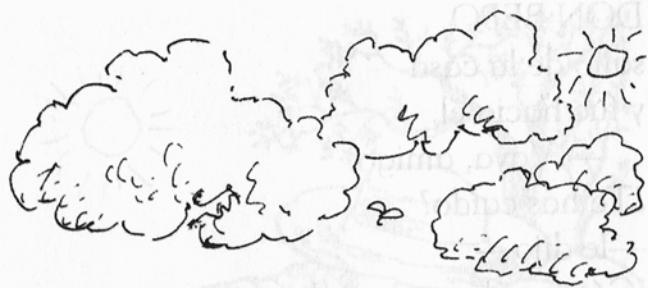
Al cabo de un momento  
sintió  
un morro peludo  
haciéndole cosquillas  
en las orejas.  
Y oyó un ladrido alegre,  
como un saludo de bienvenida.

RUPERTO abrió un ojo,  
mientras reconocía  
un olor familiar.  
¡Repollo,  
a eso olía!  
Abrió el otro ojo.  
¡Estaba en la huerta  
de don Bepo  
y tenía a «Chusco» a su lado!





Y VIO  
lo que no había querido  
ver antes:  
Los gorriones  
que jugaban  
a perseguirse entre las matas  
de guisantes.



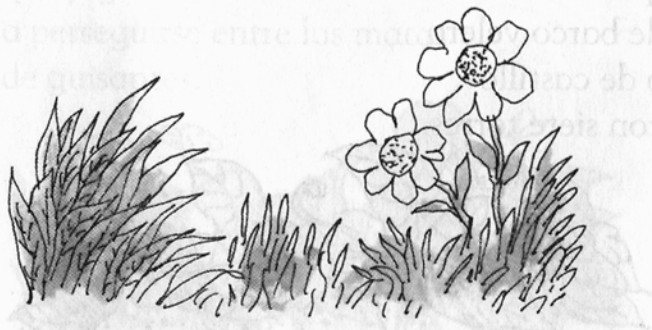
Las fresas  
que ofrecían  
su pulpa dulce y jugosa.  
Las nubes  
que se disfrazaban  
de barco velero  
o de castillo  
con siete torres.



DON BEPO  
salió de la casa  
y fue hacia él.

—¡Vaya, amigo!  
¿Te has caído?  
—le dijo—.

¡Cómo te has puesto la ropa!  
Quizá  
no has podido dormir  
en toda la noche,  
como yo.



¿Y sabes  
qué estuve pensando?  
Que no me he vuelto viejo,  
sino perezoso.  
¡Volveremos a trabajar!  
¡Esta misma tarde  
daremos una función  
para los chicos del pueblo!  
¡Y llevarás mi traje!



FUE

un día de los mejores.  
El público rió y palmoteó  
con más entusiasmo  
que ningún otro día,  
porque  
nunca habían visto  
a dos artistas tan buenos  
como don Bepo  
y su muñeco.

SENTADA en tercera fila,  
Ruperto vio a Verdurina.  
El hada guiñaba un ojo,  
al tiempo que pegaba un bocado  
a su zanahoria  
que lo podía todo.



Hasta hacer feliz  
a un muñeco de ventrilocuo.

